

PRECIO:
5 Centavos

LA PRENSA

PORTE
PAGO

Valores y giro a A. Barrera

Redacción y Administración: Perú 1537

U. Telefónica, 0478 B. Orden

El peor patrón

Toda la aspiración de futuro, para los adeptos del marxismo, se reduce a un cambio de gobierno y de castas gobernantes. Los socialistas parlamentarios cifran en el Estado la realización de sus propósitos revolucionarios: suponen que la humanidad será feliz cuando los poderes políticos asuman la dirección económica, hoy patrimonio de una clase privilegiada, y la tierra y las industrias pasen a ser propiedad de la nación.

Si por nación se entiende todo el conjunto humano, aun cuando los pueblos siguen conservando sus características étnicas, raciales e idiomáticas, en esa parte de su programa político los socialistas adelantan una finalidad revolucionaria. Pero el nacionalismo es una religión y un sentimiento, transformados en motivo de odios y de luchas entre los pueblos divididos en perrieras antagónicas; es también una realidad económica, una expresión material que sirve para demostrar la existencia de clases y castas sociales y de antagonismos que perduran debido al estado de sujeción y esclavitud de la mayoría sometida a una doble iniquidad.

El Estado no puede poner fin a la explotación del hombre por el hombre. Poco importa que el socialismo proclame la necesidad de expropiar a los grandes propietarios de la tierra y a los reyes de la industria. El problema no se resuelve con esas medidas expropiatorias, ya que el principio de autoridad sigue rigiendo a los pueblos y el yugo económico se perpetúa bajo la égida del gobierno.

La estatización de las riquezas sociales, de la industria, el comercio y la agricultura plasmaría de nuevo el problema social y hasta lo agravaría. Los pueblos se encontrarían, después de una revolución socialista, en pleno imperialismo político-económico. Quiere decir, pues, que el ciudadano perdería la poca independencia conquistada en la introducción del régimen democrático y se convertiría en el pasivo engranaje de una enorme y complicada máquina, cuyo motor sería el Estado. Si actualmente el obrero tiene la libertad de ocuparse en el trabajo y con el patrón que mejor le parezca, si puede recurrir a la huelga para mejorar sus condiciones económicas y hasta la acción y el derecho de intervenir en todas las cuestiones que afectan su vida y la de sus compañeros de explotación, digamos las dificultades que encontraría mañana para defenderse del Patrón-Estado, que le indicaría la labor a ejecutar y le impondría la jornada de trabajo y el salario de acuerdo con el pretendido interés común y la salvaguarda de los intereses de la nación.

Es una quimera pretender encontrar en el Estado la fórmula que solucione los problemas sociales, que a la vez que económicos son de orden moral. Ni aún en el supuesto de que la nacionalización de la tierra, de las industrias y del comercio colocara a todos los hombres en igualdad de condiciones económicas — cosa imposible, ya que el privilegio se perpetúa en otras formas: en los administradores y miembros del Estado, técnicos y demás elementos de la burocracia —, el Estado no llegaría a armonizar las ideas, los gustos y las aspiraciones de los individuos. Y llegamos lógicamente a esta conclusión: al desmenujar la clase gobernante, además de sus actuales funciones, las que tienen a su cargo los directores de empresas privadas, se transformaría en la más prepotente y odiosa oligarquía, restaurando el peor de los despotismos y el más brutal imperialismo económico.

Podemos buscar en la realidad ejemplos que comprueban la ineficacia del Estado como administrador de la vida económica de los pueblos. Los socialistas parlamentarios defienden como un principio de socialización el monopolio por parte del Estado de las industrias y servicios públicos: las empresas eléctricas, telefónicas, telefónicas, ferroviarias, tranviarias y otras directamente

ligadas a las necesidades primordiales de cada país. ¿Qué beneficios positivos aporta al conjunto social — a su civilización económica — en manos de la burocracia estatal? ¿Qué mejoramiento en los servicios públicos ofrece el Estado o las municipalidades que explotan directamente determinadas empresas que pertenecían a la iniciativa privada?

Se puede asegurar que los servicios del Estado son los más malos y los más caros. En las oficinas de la administración pública se aloja un ejército de holgazanes, que además de no atender al público consumen todas las entradas del erario. Y esa plaga de funcionarios, enorme burocracia que va creciendo a medida que se opera la nacionalización industrial desecha por los socialistas, es la que constituirá mañana la casta explotadora y parasitaria que reemplazará a la actual burguesía.

Las condiciones del obrero bajo el régimen de la propiedad privada, de la explotación industrial y del comercio libre son en extremo precarias. Pero lo serían aun más si el Estado asumiera la dirección de las industrias, de la agricultura y del comercio, convirtiéndose en el patrón único y absoluto.

En este país tenemos, aunque en pequeño, algunos ensayos de nacionalización de las industrias. Aparte de los servicios de limpieza, que administran las municipalidades, el Estado oficina de explotador directo de varios ferrocarriles y de la mayoría de los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia. Descartemos el rendimiento que puedan tener esas empresas nacionalizadas, que de seguro es inferior a las similares que explotan empresas particulares, para tener únicamente en cuenta la situación de los trabajadores que dependen del Estado-patrón.

Ya es proverbial entre nosotros que el gobierno paga mal a los obreros. Hay maestros de escuela, en ciertas provincias, que no cobran sus salarios durante un año o más, y no son casos raros las huelgas en las dependencias del Estado por falta de pago a los más modestos trabajadores y empleados.

En las construcciones ferroviarias del norte, prolongación de las líneas del Estado a Chile y Bolivia, se repiten con frecuencia atterradoras los movimientos huelguistas para exigir a la administración el pago de los salarios. Y últimamente en los talleres del F. C. U. N. A., de Tafi Viejo, los obreros sostuvieron una huelga con el mismo fin, lo que demuestra que el Estado es el peor patrón, el más explotador y el más tramposo.

Sosteniendo la necesidad de mantener el funcionamiento de un servicio público, el gobierno podría declarar ilegal toda huelga en sus dependencias y empresas. No hace mucho, con motivo de algunos conflictos en reparticiones del Estado, se discutió en los tribunales la legalidad o ilegalidad de las huelgas en los servicios públicos, primando el criterio de que los obreros y empleados nacionales no tienen derecho a recurrir a esa arma de defensa para exigir su mejoramiento económico o el cumplimiento de las condiciones de trabajo establecidas.

Es, pues, fácil demostrar que el peor patrón es el Estado. No sólo es mal administrador de los intereses generales, sino que también es el que peor paga a los obreros manuales y el que menos derechos concede al asalariado. ¿Y pueden los trabajadores cifrar en el Estado su esperanza de liberarse del yugo económico, si desde ya experimentan en carne propia las consecuencias de ese doble despotismo encarnado en los gobiernos que al mismo tiempo ofrecen de patrones?

La abolición del Estado debe ser la consecuencia mediana de la expropiación de la burguesía. De lo contrario la iniquidad social se perpetuará bajo nuevas formas, quedando en pie las causas que generan la esclavitud moral y económica de los pueblos.

Autonomía internacional

El sindicato de la industria del mueble (vulgarmente anexo) resolvió, en su última asamblea, sostener la autonomía en el orden internacional, en el próximo congreso de la U. S. A. La tendencia autónoma la sostienen los sindicalistas puros, ex partidarios de Amsterdam, que predominan en el gremio de ebauistas. Y es fácil prever que esa será la pauta que seguirán todos los sindicatos dominados por los camaleones, perdiendo los bolcheviques la partida en la renovada lucha por llevar la U. S. A. al pudriero de Moscú.

Para sostener su presidencia en cuestiones internacionales, los unionistas del sindicato de la industria del mueble alegan que, de ser aceptada la adhesión a una de las tres internacionales existentes, la U. S. A. estaría obligada a intervenir en las luchas que dividieron al proletariado internacional, contrariando su origen y principios de armonía y organización obreras, que son antitéticos a toda intervención en favor de un grupo de obreros internacionalmente organizados para combatir a otros en nombre de abstracciones o cediendo a la influencia de intereses de partidos, extraños a la organización sindical de la clase obrera.

Y para evitar ese contrasentido, los unionistas de ese sindicato camaleón, deciden sostener en el orden internacional el criterio unificador que dio origen a nuestra central, por entender que la acción del proletariado internacionalmente organizada es incompatible con la existencia de tres internacionales.

Con ese acuerdo los camaleones quieren adelantarse a los acontecimientos y dar un golpe de gracia a la pequeña fracción que defiende a la Sindical Rojo. Pero en la gata flaca maullaba ayer con todas sus fuerzas, alarmada por una manada de los amsterdamsianos del gremio de ebauistas.

(o)

Coalicción de vientes

Mussolini terminó la difícil tarea de expurgar la lista oficial de candidatos a diputado. Eran más los postulantes que los puestos en disponibilidad, y en esas horas hambrientas de hambre de hilar el diablo al presupuesto, los había que no poseían otros méritos que el haber asegurado el número de obreros e inquilinos mayor cantidad de cámaras de trabajo y centros subversivos.

Con esa clase de antecedentes no se consigue que la banca parlamentaria, que posee otras condiciones, por más que el fascismo no sea otra cosa que violencia y brutalidad, ignominia y cinismo. De ahí que Mussolini haya excluido de la lista oficial a la mayoría de los fascistas aspirantes a una diputación. Prefirió a los miembros de otros partidos, a los elementos intelectuales que buscaban en el fascismo, después de la toma de Roma, el medio cómodo y fácil de librarse del vicio.

La lista oficial del gobierno fascista es una lista de elementos sin méritos. Tal cual la dejó Mussolini después de expurgarla de elementos sin méritos políticos. La lista de candidatos comprendió a 100 diputados que formaban parte del parlamento anterior y sólo 37 de los candidatos son fascistas, correspondiendo el resto a la izquierda. Como sigue: liberales 23; liberales de moderados 16; demócratas socialistas 13; partido popular 7; socialistas reformistas 1; varios 2. Además el Sr. De Nicola, como candidato independiente. El resto de las candidaturas se divide entre los ex-comunistas, industriales y profesionales. Mussolini prefirió esa coalición de vientos antes que exponerse al fracaso. Los fascistas le sirvieron al dux para hacer la contrarrevolución, pero no le sirven para gobernar.

(o)

El destino de los partidos: partirse

Los partidos políticos llevan en sí los motivos de disolución: de los cuales los dos más poderosos son: la imposibilidad de abarcar en el presupuesto a todos los partidarios y el cansancio de éstos al no poder llegar al gobierno.

En el primer caso están, en este país, los radicales, divididos actualmente en cien fracciones distintas; es decir, en tantas, duplicadas o triplicadas, como posiciones gubernamentales han llegado a conquistar el partido. En el segundo caso está hoy el partido democrático de Santa

Fe. El partido hace años que puja en aquella provincia por atrapar el poder y siempre se le escurre de entre los dedos. Últimamente ha librado una nutrida batalla electoral, con todas las fracciones radicales unificadas, y la ha perdido, perdiendo también algunos aliados que cayeron seducidos por el plomo de las policías electorales del gobierno santafesino.

A raíz de esa derrota empieza a apoderarse el cansancio de los partidarios y muerden las renuncias. El partido ha cumplido uno de sus deberes: el más ingrato, y empieza a partirse. Los gé-

menes de la disolución han completado su desarrollo y están haciendo estragos. ¿Desengañados o convencidos de la inutilidad de la lucha política, los renunciantes? Nada de eso, solamente cansados de no alcanzar la posesión del anhelado pesebre. Ese es el ideal de todo militante en los partidos políticos. Por el poder logran, se fraccionan en radicales, y por lo mismo renuncian ahora los demócratas; con la diferencia que los primeros lo hacen al llegar al condeado y encontrar que no hay morrallas para tanto hambriento, y los segundos se desbandan por no poder lograr aproximarse al condeado.

De todos modos, el resultado es el mismo; y lo constatamos sin preocupación.

(o)

Agravio inaudito

(o)

Un «caracterizado» vecino radicado en Rufino (Sta. Fe), ha sufrido un agravio de la policía, la cual lo ha confundido con un «cualquiera», y en la fecha ese respetabilísimo vecino reclama del gobierno provincial el merecido desagravo.

Al efecto, lo ha dirigido el telegrama que copiamos:

«El que suscribe, gerente de la Compañía Mercantil Argentina, en Rufino, pide a S. E. justicia por el injustificable atropello de que fui objeto la noche pasada.»

En circunstancias de hallarse acunado de un hermano, llegado en la noche de media noche, fuimos detendidos por el sargento de policía, Salcedo, alegando que ser nosotros individuos sospechosos.

A pesar de haber presentado la documentación debida, aludiendo mi calidad de gerente de la compañía mencionada y de correspondiente de un diario metropolitano, fui detenido, incomunicado y encerrado en un calabozo, como vulgar delincente, procediendo calificado de abusos de autoridad, tanto mayor tratándose la víctima de una persona pacífica perfectamente conocida.

Dígnese S. E. ordenar las medidas necesarias para hacer cesar semejantes desmanes, incompatibles con las políticas cultas, conocedoras de sus deberes.

Alcanzas, lector, a comprender la magnitud del agravio que se le ha inferido al «cualquiera» y al «caracterizado», que ha rodado a través del país, de calabozo en calabozo, por las decenas en su alguna comarca viste proceder tan desconsiderado y brutalmente con algún ciudadano.

Es imposible que se haya consumado en el país otro atentado tan grave como el de Rufino, porque tales desmanes son incompatibles con las políticas cultas, conocedoras de sus deberes, como las que tenemos en el país.

Por todo lo cual, y en consideración a que el agravio no es un vulgar delincente: sino una persona pacífica perfectamente conocida, es decir, un vecino «caracterizado» de Rufino, el gobierno santafesino — diligéntisimo cuando se trata de corregir algún leve des-

liz en que suelte incurrir la policía de aquella provincia — esperamos que se apresurará a dar satisfacción al señor gerente de la Mercantil Argentina, desagraviándolo ampliamente, como merece un caracterizado vecino.

Proponemos que sea enviado a Rufino uno de los «cultos» policías que actúan en el Departamento Central de Rosario para que le dé satisfacciones y lo desagravie...

(o)

Condena de Barrasa

Seis años de prisión

La vara del juez ha caído una vez más, implacable, sobre otra víctima del sistema capitalista. Es el compañero Eusebio Barrasa, procesado por los sucesos de la calle B. Mitre poco después de haber sido asesinado Wilkenson en la Prisión Nacional.

El juez García Rams, después de «estudiar» el asunto (cómo se habrá quemado las pestañas ese ratón de biblioteca jurídica) llega a la conclusión de que Barrasa es un «sujeto peligroso» (no tanto como Pérez Millán, ni como el juez Rams) y que, para preservar a la sociedad en que actúa, debe ser recluso por el mayor tiempo posible en la cárcel. Por esa causa le aplica el máximo de la pena que le corresponde, o sea 6 años de prisión por atentado a la autoridad y lesiones.

El criterio del juez Rams, a pesar de que ya estamos bastante acostumbrados a los desmanes de la justicia contra los trabajadores, nos resulta curioso: pues reconoce que el procesado no tiene antecedentes judiciales y que no conoce las leyes del país; sin embargo, le aplica todo el rigor del código sin preocuparse un comino esos antecedentes. Es cierto que en favor de su tesis — de algún modo hay que llamarlos a los disparates del juez — trae aquello de la «peligrosidad» (progreso del vocabulario peludista) que ha encontrado en el compañero Barrasa y esa «peligrosidad» es un agravante o quizás varios agravantes. Habría que conocer el verdadero valor del vocablo peludista para determinar la importancia que tiene en este caso.

Pero no está la cosa para bromas. Este juez, como los otros, o más burro que los otros, se ensaña con esta víctima, clava naturalmente sus garras en el animal dañino en carne obrera: se están cebando estos terribles instrumentos de la burguesía y nos están enfrentando con sus desmanes. Con el mismo desprecio que abuelan, o atentan sus horrendos crímenes, a cobardes asesinos como Millán y tantos otros, condenan y encierran inhumanamente a algunos trabajadores caídos entre sus garras implacables.

Y debe llegar el momento de que tales trogloditas, que hoy esgrimen el código como orotra esgrimiron la cachiporra, vuelvan a sus cavernas, de donde no debieron haber salido nunca. Es preciso que de algún modo se les obligue a medir sus pasos y a ahuyentar sus desmanes. A los brutos desobedidos hay que darles un tirón del freno.

La burguesía del proletariado

Las condiciones sociales y el medio ambiente, crean estados mentales en los individuos, determinándolos a obrar de éste o aquel modo. Si a esas condiciones ha precedido una educación correlativa, el hombre tiene trazado su camino en la vida y no será fácil desviarlo del mismo, si los factores que lo impulsan a marchar por él no cambian.

No es el caso de atribuir al determinismo carácter absoluto e imperativo, imposible de ser contenido; pero tampoco puede negarse lo que es un hecho positivo.

Mucho vale la voluntad del sujeto para oponerse a los imperativos del ambiente, pero será preciso que esa voluntad le sea impulsada por nuevos conceptos morales, opuestos a los que ha recibido como normas de educación.

Es una verdad inconcusa aquella que proclama la burguesía incapaz para progresar. Puede que uno o un millar de los hombres pertenecientes a su clase se adhieran a las tendencias revolucionarias de este tiempo y hasta sacrifiquen a altas riquezas, tranquilidad y vida, mas esos son excepciones muy raras y de muy escasa influencia en el movimiento reivindicador de los pueblos. Penetradores exímios, salidos de las clases dominadoras, difundieron, ciertamente, los principios fundamentales del anarquismo. No es posible negar ser hecho admirable, ni la consecuencia que los han servido la mayoría de ellos. Sin embargo, en virtud de no haber destacado si en el espíritu del pueblo no existiera la disposición a progresar.

Pensamos que no sólo la conciencia popular fue terreno fértil para la siembra de los ideales, sino que de ella, de la con-

ciencia colectiva, de sus anhelos y sus luchas, recogieron nuestros teóricos más notables los materiales para construir sus teorías. Contra esos pensadores excelsos, *varios* en el movimiento revolucionario, están las ingentes mayorías de la intelectualidad burguesa, indiferentes o adversas a todo pensamiento renovador.

Y la causa es, sin duda, del mismo orden: el culto de prejuicios históricos que hacen suponer la existencia de seres privilegiados y la menor suma de sufrimientos por parte de los victoriosos en la lucha por la existencia.

Los intereses creados ligan a sí intereses concomitantes, sublevará lo mejor, pero sólo posibles de ser sostenidos mediante la adhesión a los de las presuntas clases superiores.

De ahí la existencia de una clase intermedia, que no es grande ni pequeño-burguesa, sino dependiente de ambas, y cuyo papel en la sociedad, es el de las rémoras, atadas por conveniencias al mundo del privilegio.

Queremos referirnos al profesionalismo y al intelectualismo plebeyos en actividades inútiles, y por virtud de las cuales viven espiritualmente más unidos a la burguesía que al proletariado.

De esos elementos viejados por la historia, se nutren los partidos políticos, llamados de vanguardia y los grupos obreros sin dinamismo creador.

No hay más que observar esos conglomerados para darse cuenta de esta verdad. A ellos concurren los empleados, burocratas, domésticos y gentes sumadas a funciones secundarias dentro de las actividades productivas. Poseen su especial psicología y los

